

# JAVIER DE MONTEPIN.

## EL MARIDO DE DOS MUJERES.

### PRIMERA PARTE.

#### I.

#### UNA BOHARDILLA DE LA CALLE DE SAM HONORATO.

El 30 de Agosto del año 1745, estaba á punto de llevarse á cabo uno de los sucesos más importantes del siglo décimo octavo. El Rey-Sol iba á apagarse, Luis el grande iba á desaparecer del mando, sobre el que tanto tiempo había despedido rayos su gloria imperecedera.

El día 31 comenzó la agonía del monarca, envenenada sin duda por el espectáculo de la más monstruosa ingratitud. El Rey reconoció desde su lecho de muerte la indiferencia de sus hijos, de sus hijas, de sus parientes, la venalidad de sus cortesanos y hasta la doblez del sacerdote á quien había escogido por confesor. Sólo algunos criados lloraban junto á la estancia donde el coloso del siglo iba á lanzar su postrimer suspiro.

El Domingo, 4.º de Setiembre, á las ocho y once minutos de la mañana, se oyó un prolongado quejido.—¡Luis XIV había muerto!

Á las nueve, los salones del Duque de Orleans fueron estrechos para contener la muchedumbre de cortesanos.

En tanto que se disponía la mortaja del difunto Rey, la nueva del gran suceso se propagaba por todo París, en donde ella excitaba una tal alegría que se hubiera dicho que la Francia acababa de ser libertada del más cruel de todos los males. El pueblo danzaba y bailaba en las plazas públicas. El caballero de Argenson, que vanamente había intentado contrarestar este impio desbordamiento, declaró que se vería imposibilitado para detener los más terribles desórdenes si el entierro pasaba por París.

Por consiguiente, el 9 de Setiembre, durante la noche, el fúnebre cortejo partía silenciosamente de Versailles, atravesaba el bosque de

Boulogne y por extraviados contornos ganaba la llanura de Saint-Dénis.

Detrás de aquel carro fúnebre que guardaba los restos de un príncipe tan adulado toda su vida, escaseaban visiblemente los cortesanos. ¡Cosa inaudita! Entre los príncipes de la sangre sólo el Duque acompañaba al féretro.

Por más que fueron tomadas muchas precauciones para librar de vergonzosos ultrajes el despojo mortal del Rey, un populacho desenfrenado llenaba á aquella hora la esplanada de Saint-Dénis. El aire repetía canciones y caricajadas escandalosas. En el tránsito, bajo barracas improvisadas como para una feria, se amontonaban toneles de vino y de aguardiente. Algunos curiosos, ébrios ya, llenaban de sarcasmos obscenos y picantes epigramas la memoria de aquel que había sido Luis XIV. Otros más cuerdos, trasportados de rabia por el recuerdo de las persecuciones de que habían sido objeto por la bula *Unigenitus*, gritaban, que era preciso arrancar las luces del convoy para incendiar la casa de los jesuitas.

De en medio de la multitud sobresalian varias voces ahullando una redondilla, referente al depósito hecho del corazón del Rey en la casa profesa de la Compañía de Jesús, en donde ya se encontraba el de su padre.

Hé aquí estos cuatro versos que aquí reproducimos á título de curiosidad histórica:

«Sois vosotros tropa sagrada,  
los que pedis el corazón de los reyes....  
al modo como los perros roen los despojos  
del ciervo acorralado por ellos.» (1)

Por último, el 12 de Setiembre, el Parlamento despues de una corta deliberación, anulaba el testamento de Luis XIV, y declaraba al Sr. Duque de Orleans, rejente de Francia, á fin de que ad-

(1) «C'est donc vous, troupe sacrée,  
qui demandez le coeur des rois....  
ainsi d' un vieux cerf aux abois  
on donne aux chies la curée.»